

o, por poner un último ejemplo, como la virtud debe guiar a los religiosos, para vencer a los vicios, representado a través de un león que conduce el carro de la lujuria, simbolizados a través de toros, ciervos, cabrones y carneros.

Toda la lectura se apoya en libros de emblemas, una gran mayoría de autores españoles como Juan de Borja, Sebastián de Covarrubias, Juan de Horzoco, Juan de Solórzano Pereira, Diego de Saavedra Fajardo, pero también de autores extranjeros como Piero Valeriano, Nieremberg, Giovio, Camerarius y como no, Andrea Alciato y Cesare Ripa.

Algunos de estos libros estaban en la librería catedralicia tudense, y otros muchos en las de otras catedrales gallegas, en las que el autor del programa iconográfico pudo, sin duda, consultarlos.

Sin duda, por el gran esfuerzo realizado en dar la lectura correcta del gran número de motivos y la amplísima utilización de fuentes, nos encontramos con un libro no sólo esencial para conocer el patrimonio tudense y gallego, sino también para los iconógrafos.

PATRICIA ANDRÉS GONZÁLEZ
Universidad de Valladolid
patricia.andres.gonzalez@uva.es

Josemi Lorenzo Arribas y Sergio Pérez Martín (eds.), *Manuel Gómez-Moreno, Cartas para un Catálogo Monumental. Epistolario de Castilla y León (1900-1909)*, 2 tomos. Instituto Castellano y Leonés de la Lengua. Junta de Castilla y León, Fundación Pública Andaluza Rodríguez Acosta y CSIC (colección libros singulares, vol. 33), 942 pp. + 143 il.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC BY 4.0\)](#) / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC BY 4.0\)](#)
DOI: <https://doi.org/10.24197/m4a51265>

La extraordinaria labor llevada a cabo por Manuel Gómez-Moreno con motivo de la elaboración de sus catálogos monumentales de Ávila (1900), Salamanca (1901-1902), Zamora (193-1904) y León (1906-1908), ha sido ampliamente reconocida desde su realización hasta nuestros días. Su indiscutible calidad, su carácter pionero, y el ojo crítico mostrado por el erudito en sus observaciones y descripciones, han sido factores claves para tal estima. Su valor queda patente a tenor de los resultados, y del amplio eco recibido a posteriori. Queda subrayado su mérito si consideramos las difíciles circunstancias en las cuales se realizó y la parquedad de fuentes de partida con las que emprendió tal cometido. Gómez-Moreno abrió senda allí donde no la había, por ello marcó los pasos de las sucesivas generaciones de historiadores del arte y arqueólogos que hasta hoy le han ido sucediendo.

¿Cómo llevó a cabo tal gesta? Esta es la pregunta que ha guiado a los autores de este trabajo a la hora de abordar esta recopilación epistolar y el minucioso estudio que la acompaña.

Podíamos imaginar los avatares del granadino recorriendo las tierras castellanas y leonesas para llevar a cabo su tarea: en tren, en burro, andando, sorteando mil y una dificultades del territorio. Era posible intuir sus encuentros con aldeanos, regentes eclesiásticos, maestros, coleccionistas o autoridades locales. Incluso podíamos recrear con nuestra imaginación su presencia ante vetustos monumentos con una vara de medir, el pesado material fotográfico de 1900, y unas cuartillas para tomar notas o bocetos de formas e inscripciones de cuantos tesoros artísticos iba documentando, a veces, en recónditos lugares. Gracias a este trabajo que presentamos, editado por Josemi Arribas Lorenzo y Sergio Pérez Martín, ya no será preciso fantasear sobre tales andanzas, pues los autores nos regalan el vivo testimonio de ellas. Su trabajo reúne un amplísimo repertorio de cartas relativas al tiempo en el cual el historiador recorrió las citadas provincias, con el firme propósito de estudiar y trasladar a un repertorio aprehensible los más dignos testimonios de su historia, arqueología y arte. Son escasos los años, 1900-1909, al menos si se ponen en el contexto de la longeva trayectoria de Manuel Gómez-Moreno (1870-1970), y desde luego con el amplísimo trabajo desplegado en tan escueto margen temporal.

Publicado por el Instituto Castellano y Leonés de la Lengua en dos volúmenes, la cuidada edición cuenta, asimismo, con la colaboración, de otras instituciones como la Fundación Pública Andaluza Rodríguez Acosta, depositaria del Archivo de la familia Gómez-Moreno –allí se preserva el nutrido conjunto epistolar desgranado por los autores–. También contribuye el CSIC, en cuyo Centro de Estudios Históricos, el historiador desplegó parte importante de su labor, y donde se custodian los manuscritos originales, textos, dibujos y fotografías de los expresados catálogos monumentales. Contábamos con acercamientos previos a la figura de Manuel Gómez-Moreno, que de un modo u otro narraron esta etapa de su vida y su labor. En primer lugar, la biografía realizada por su hija, María Elena, quien contó para tal labor con este mismo epistolario, además de la memoria familiar. También la biografía de Manuel Gómez-Moreno Calera, y otros tantos estudiosos que se han acercado a la figura y labor del maestro desde diversas perspectivas, entre ellos los propios autores de esta publicación, que ya avanzaron en artículos previos la investigación que estaban realizando sobre la correspondencia del erudito durante sus andanzas en tierras castellanas y leonesas, labor que culminan con esta amplísima edición.

Frente a tales precedentes, el epistolario es transcrito aquí directamente, no llevado por un relato en el que la memoria y el cotejo con otras fuentes se va intercalando a fin de contextualizar las misivas e integrarlas en un discurso. Se ha optado por una compilación objetiva que revela las cartas de manera directa, transcritas a partir de los manuscritos originales, con la referencia de remitentes, destinatarios, fecha y lugar de emisión. Queda, por tanto, a merced del lector, las impresiones que de su lectura puedan suscitarse.

Ahora bien, los autores han centrado su selección epistolar en aquellos textos que revelan aspectos interesantes para conocer la labor del historiador en esos años, para descubrir los lugares, los itinerarios, los monumentos, el arte de cada lugar, las gentes, así como los interlocutores académicos e institucionales. Los editores han evitado dar luz sobre aspectos íntimos del académico, como pueden ser los propios de su relación personal con quien sería su esposa y madre de sus hijos, Elena Rodríguez-Bolívar, o los temas estrictamente familiares. Cartas que, en la mayoría de los casos, van sucedidas por la misiva de réplica, lo cual resulta extraordinario para una fuente histórica. En este caso, es posible seguir, sin apenas interrupciones, los temas que ocupaban, y preocupaban, al maestro. No cabe duda de que esta

apreciable continuidad epistolar es uno de los grandes valores del trabajo. De hecho, una de las impresiones que suscita el compendio es la cuidada dedicación diaria que hubo de destinar el estudioso a la lectura y escritura de cartas; algo que, si tenemos en cuenta que ello se sumaba al notable esfuerzo desplegado para acometer una de las grandes aventuras profesionales de su vida, sin duda sobrecoge. Lorenzo Arribas y Pérez Martín han dedicado largas horas a leer, transcribir, ordenar, seleccionar y ofrecernos un repertorio de extraordinario valor que será una inequívoca herramienta de trabajo para todos aquellos que se acerquen al estudio del patrimonio de estas provincias, así como a la historia cultural y social del país en ese periodo. Una vibrante etapa que enlaza la Generación del 98 con la Edad de Plata. Aparte de ello, constituirá una valiosa fuente de información para comprender la propia historiografía y metodología de la Arqueología e Historia del Arte, y, por supuesto, la vida de uno de los padres de ambas disciplinas en España.

La publicación se abre con la presentación de Gonzalo Santonja –consejero de Cultura de la Junta de Castilla y León, entidad impulsora de la edición–; esta es seguida por el prólogo firmado por el académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y máximo experto en la carpintería de lo blanco, Enrique Nuere. Su ensayo no solo transmite la sensibilidad de un gran profesional a la hora de apreciar el trabajo de Gómez-Moreno; también deja sentir la voz cercana de quien lo conoció, tanto personalmente como a través de los recuerdos transmitidos por su suegro, Gonzalo Menéndez Pidal. Sus palabras destilan admiración por el historiador, por la maestría con la que acometió la realización de los catálogos monumentales –que no duda en tildar de titánica–; pero también muestran el reconocimiento a los responsables de esta publicación por ofrecer un compendio epistolar único.

A tales prefacios sigue el estudio crítico de los autores con el cual desvelan las claves de interpretación de tan amplio repertorio epistolar. Nos ilustran sobre el marco familiar, a fin de que el lector pueda seguir con facilidad las referencias a diversos nombres que aparecen en las cartas. Realizan, asimismo, un perfil de cómo era Gómez-Moreno, o cómo lo muestran sus misivas. Desvelan los autores la naturaleza de su particular trabajo y las claves que guiaron la búsqueda, ordenación, clasificación, análisis y transcripción de la correspondencia generada en torno a Gómez-Moreno, y su círculo más cercano. Lorenzo Arribas y Pérez Martín nos ofrecen en su ensayo inicial no solo las claves para enmarcar adecuadamente la prolífica sucesión de cartas, recibidas y remitidas por el historiador durante ese intenso periodo vital. Nos conducen, de igual modo, a la nómina de interlocutores de estas, a los itinerarios seguidos, y al valor que hoy adquieren cada una de sus aportaciones realizadas por el erudito granadino en tales catálogos. El bloque fundamental de la edición es la transcripción directa de las cartas aquí reunidas que alcanzan un volumen considerable: fueron consultadas casi 5.000 unidades de archivo, de las cuales los autores han transcrito, total o parcialmente, 1.100 cartas. Estas aparecen acompañadas por 100 fotografías, 23 dibujos y 20 mapas, croquis o planos de edificios.

La lectura pausada de cada misiva nos va revelando las experiencias del maestro, las peripecias de sus viajes, sus impresiones sobre las obras de arte, sobre los monumentos, los lugares y las gentes; así como los diversos avatares cotidianos del vivir a lo largo de su ruta, o del sentir acerca de lo que ocurría en Madrid, tanto en el entorno social, cultural y político, como en el académico –aun con la prudencia y educación que evidencia el historiador incluso en el trato cercano con los suyos–. En tales epístolas, además, descubrimos al Gómez-Moreno

más personal, vamos desvelando quiénes constituían su círculo profesional de confianza y, sobre todo, cómo era la relación con su familia. A ellos les hacía depositarios de impresiones que no quedaron recogidas en tales catálogos, pero que, gracias a esta edición, recibimos con especial frescura. Esto nos ayuda a comprender mejor, e incluso completar, la información allí recogida. Por las páginas desfilan, como interlocutores, nombres claves para la Historia del Arte y la Arqueología como Juan Facundo Riaño, August L. Mayer, Juan Menéndez Pidal, Vicente Lampérez, Juan Agapito y Revilla, José Martí y Monsó, Juan Crisóstomo Torbado, José Gestoso, Guillermo de Osma, Luciano Huidobro, Jorge Bonsor, Cesáreo Fernández Duro, Ramón Mélida...

Resulta, en este sentido, interesantísima la relación con su padre, Manuel Gómez-Moreno González, que se desvela como un pilar fundamental para él, y desde luego con su novia, y después esposa, Elena. Ella es la principal depositaria de sus misivas, pero también la reconocemos como su cómplice, consejera, amiga y compañera. Tanto es así, que en la correspondencia con su pareja podríamos construir las memorias no escritas por Manuel Gómez-Moreno. En tan exhaustivo repertorio epistolar, desgranado por los autores, podemos reconstruir también la stampa de aquel país que el estudioso recorría en largas y extenuantes jornadas; se presenta como un vivo cronista que no deja de compartir con los suyos todo aquello que ve, vive y experimenta, tanto lo más notable, como lo más insignificante. De ahí que apreciemos de su mano las trabas burocráticas que hallaba a cada paso, y el desgaste que esto ocasionaba en su ánimo, siendo causa de frecuentes atribulaciones, amén de depararle no pocos apuros económicos. También entrevemos en sus notas las peculiaridades del trato con ciertos regentes eclesiásticos –con las facilidades ofrecidas por unos y las dificultades interpuestas por otros–. En tal crónica, hilvanada a través de cuartillas redactadas en cualquier lugar de la ruta, ya fuera como invitado en una casa, alojado en una posada, o aguardando en una estación de ferrocarril, el erudito retrata un país donde el poder de la iglesia era notable y el clientelismo regía los diversos estratos de la vida política y social, tanto a nivel nacional como a nivel provincial y local. De ahí que en cada lugar procurara acercarse a quienes le recomendaban, a quienes sospechaba le facilitarían su labor, ya fueran arquitectos, religiosos, coleccionistas, estudiosos... El trabajo nos permite apreciar, también, lo que supuso para el avance de la Historia del Arte y la Arqueología en España la observación y descripción directa de los lugares, los monumentos, y las obras de arte que el estudioso fue revelando en su catálogo. Un método de trabajo que debía prenda al conocimiento cercano del medio, propio de la práctica excursionista que formaba parte de los nuevos planteamientos impulsados por la Institución Libre de Enseñanza.

En definitiva, esta publicación contribuye a un mejor conocimiento del patrimonio cultural de las provincias de Ávila, Salamanca, Zamora y León. Nos depara las impresiones más espontáneas de Manuel Gómez-Moreno, precisamente aquellas que no aparecen en los catálogos monumentales, pero sí compartió a través de las misivas con su entorno más cercano. Por ello, será imprescindible acompañar la consulta de aquellos catálogos con este magnífico repertorio que ilustra su intrahistoria, los matices no referidos en los textos entregados al Ministerio de Instrucción Pública, y años después publicados. Aquí descubrimos comentarios y reflexiones no mediatizadas por el rigor que un trabajo académico imponía. Además, la obra nos regala el retrato del territorio a través de la mirada analítica de un sabio, a quien es preciso seguir leyendo y de quien es importante seguir aprendiendo. En definitiva,

un libro, en dos volúmenes, imprescindible para avanzar en los estudios sobre patrimonio cultural y sobre la historia de España a comienzos del siglo XX.

MARÍA JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ
Universidad de Valladolid
mariajose.martinezruiz@uva.es

Carmen González-Román y Concepción Lopezosa Aparicio (eds.):
Artefactos y artificios en la cultura escenográfica. De lo material a lo afectivo,
Jaén, UJA Editorial, 272 pp.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC BY 4.0\)](#) / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC BY 4.0\)](#)
DOI: <https://doi.org/10.24197/3h33ce38>

El volumen *Artefactos y artificios en la cultura escenográfica. De lo material a lo afectivo*, editado por Carmen González-Román y Concepción Lopezosa Aparicio, se presenta como una aportación madura dentro del renovado interés por la cultura material, ámbito que en los últimos años ha demostrado una capacidad excepcional para reconfigurar metodologías y replantear objetos de estudio en la historia del arte. Las editoras sitúan el libro en el cruce entre los diversos “giros” que han marcado la historiografía reciente —visual, sensorial y afectivo— y articulan una propuesta que aspira a comprender la materialidad efímera desde una perspectiva holística, en la que convergen las artes visuales, la antropología histórica, los estudios escenográficos y las dinámicas sociales que sostienen la experiencia estética de lo temporal. El planteamiento se articula desde una reflexión inicial que concibe los artefactos efímeros como vehículos de emoción y como agentes capaces de modificar la percepción del espacio, la identidad festiva y las prácticas de la comunidad que los produce y contempla. Esta línea argumental vertebró el conjunto de estudios reunidos en el libro, que abarcan desde la Edad Moderna hasta la contemporaneidad, con especial atención a los dispositivos escenográficos destinados a celebraciones religiosas, políticas, urbanas o cortesanas, cuya relevancia reside tanto en su densidad simbólica como en su cualidad sensorial.

El primer bloque, dedicado a la materialidad efímera cristiana, demuestra hasta qué punto la imaginería procesional y sus contextos performativos requieren una lectura que desborde la historiografía centrada exclusivamente en la iconografía o en la factura técnica. Miguel Hermoso Cuesta propone un acercamiento a la escultura procesional barroca que incorpora dimensiones afectivas y perceptivas, pues en la experiencia del espectador los pasos actúan como dispositivos multisensoriales que transforman la ciudad durante los días de la Pasión y redefinen la relación entre el creyente y la imagen. Félix Díaz Moreno profundiza en la capacidad narrativa del carro ceremonial, concebido como artefacto móvil que combina significados políticos y religiosos, y cuya presencia en el espacio urbano se convierte en un ejercicio de expansión simbólica que desborda lo estrictamente visual. El estudio de